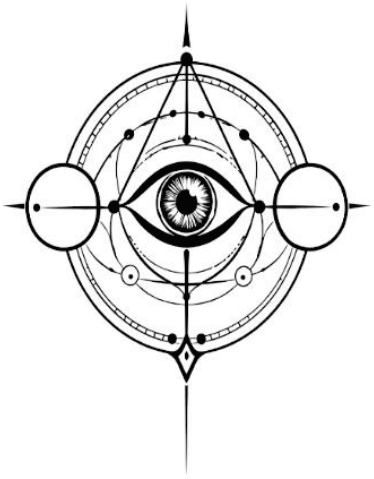

LA VIGILIA DE LOS MUNDOS

Libro I: El Acecho

A quienes alguna vez sintieron que no encajaban en este mundo.

Quizá no era un error

PRIMERA PARTE:

LA ANOMALÍA

CAPÍTULO I

UNA GRIETA EN LO COTIDIANO

En el pequeño pueblo de Pozo Amargo, todos los vecinos lo murmuraban. La recién llegada era una joven insólita.

No era solo por su forma de hablar, con aquella voz cavernosa impropia de una mujer joven, tan áspera, y con un acento imposible de ubicar, que parecía arrastrar sonidos de lugares remotos, tierras que ninguno de los pozoamarguenses sabría señalar en un mapa.

Pero había algo más, tan difuso que no existían palabras para definirlo. Una suma de gestos, silencios y distancias que convertían la presencia de aquella mujer en una incógnita permanente.

Aquella enigmática joven apenas intercambiaba palabras con los vecinos del pueblo, más allá de un saludo cortés, frío, casi administrativo. Apenas salía durante el día. Pedía la compra directamente al supermercado del pueblo, y jamás se la había visto entrar en el ambulatorio, ni en el estanco, ni en ninguno de los tres bares de Pozo Amargo, que constituían el centro neurálgico y social del municipio.

La mujer no asistía a misa. No se detenía a conversar. No parecía necesitar la ayuda de nadie.

Sin embargo, Matilde —una de las octogenarias más notorias del lugar, con una alegre tendencia al chismorreo— había detectado, mientras observaba cada tarde desde su ventana, que era precisamente a la hora en que todos se refugiaban en sus casas junto a la chimenea cuando la mujer salía, al parecer animada por la brisa nocturna.

Siempre iba acompañada de su enorme perro, un ejemplar que parecía una mezcla de pastor alemán y lobo, y se internaba rápidamente en el frondoso bosque que rodeaba el pueblo. No regresaban hasta pasada la

medianoche, hora en que Matilde solía quedarse dormida en su butaca marrón, convenientemente colocada junto a su enorme ventanal. Se había convertido en una especie de rutina para la anciana: comprobar las horas de salida y llegada de su taciturna vecina y su enorme can.

Aquella costumbre de la forastera de salir al ponerse el sol no era común, más aún en aquellos meses de invierno. Como si la noche no fuera un refugio, sino una llamada. Pero más extraño le resultaba a Matilde la forma de moverse del perro y la dueña, con un sigilo fantasmal. A su paso no se oía ni el crujir de las ramas, ni el roce de la grava, ni ladrido alguno que rompiera la quietud nocturna. Simplemente desaparecían, como si la oscuridad los engullera con hambre voraz.

Matilde no entendía aquella necesidad de salir a escondidas, casi a hurtadillas, en esta época del año, con temperaturas que helaban los huesos y aumentaban sus achaques. Y menos aún que la muchacha lo hiciera vestida con tan poca ropa, sin bufanda, ni guantes ni gorro, y que,